

ANXO FARIÑA



4\_JINETES



¿Quieres iniciar el Apocalipsis?

Aceptar

Cancelar



ANAYA

# 4\_JINETES

ANXO FARIÑA

ANAYA

1.ª edición: febrero de 2017

© Del texto: Anxo Fariña, 2017  
© Grupo Anaya, S. A., Madrid, 2017  
Juan Ignacio Luca de Tena, 15. 28027 Madrid  
www.anayainfantilyjuvenil.com  
e-mail: anayainfantilyjuvenil@anaya.es

ISBN: 978-84-698-3335-3  
Depósito legal: M-40698-2016  
Impreso en España - Printed in Spain

Las normas ortográficas seguidas son las establecidas  
por la Real Academia Española en la *Ortografía de la lengua española*,  
publicada en el año 2010.

*Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.*

# Índice

Capítulo 0. El alfa y la omega .....	9
Capítulo 1. Accidente (demasiado rápido) .....	10
Capítulo 2. La muñeca, la joven y el pozo .....	19
Capítulo 3. ¿Qué haces con tu vida? .....	31
Capítulo 4. Un asunto importante .....	50
Capítulo 5. David y Liam (en Mysoul) .....	67
Capítulo 6. Fin de trayecto .....	70
Capítulo 7. Ese no soy yo .....	81
Capítulo 8. Déjate caer .....	91
Capítulo 9. El pendrive .....	96
Capítulo 10. No queda tiempo .....	104
Capítulo 11. Un faro para la humanidad .....	115
Capítulo 12. El segundo va a llegar .....	121
Capítulo 13. David y Liam (en Mysoul) 2 .....	133
Capítulo 14. La cúpula .....	136
Capítulo 15. El caparazón .....	145
Capítulo 16. El hambre .....	153
Capítulo 17. No pudo .....	157
Capítulo 18. Deshacer el corazón .....	166
Capítulo 19. Ojos tristes .....	176
Capítulo 20. Sigues teniendo hambre .....	183
Capítulo 21. Renacer .....	185
Capítulo 22. El Cuarto ya está aquí .....	194
Capítulo 23. David y Liam (en Mysoul) 3 .....	201

Capítulo 24. El otro hijo .....	204
Capítulo 25. Una razón para luchar .....	216
Capítulo 26. David y Liam (en Mysoul) 4 .....	229
Capítulo 27. No abras la puerta .....	232
Capítulo 28. Me acuerdo de él .....	245
Capítulo 29. Supervivencia .....	254
Capítulo 30. Puerta trasera .....	259
Capítulo 31. Conversaciones en Mysoul .....	270
Capítulo 32. Somos iguales .....	276
Capítulo 33. ¿De qué huyes? .....	284
Capítulo 34. El encuentro .....	300
Capítulo 35. Adán y Red. Noa y Lady Dark .....	310
Capítulo 36. Libre albedrío .....	321
Capítulo 37. Inocencia infantil .....	327
Capítulo 38. David y Liam (en Mysoul) 5 .....	339
Capítulo 39. Invitación VIP .....	342
Capítulo 40. Destruir para construir .....	355
Capítulo 41. Todo era diferente .....	363
Capítulo 42. Marionetas del hombre .....	365
Capítulo 43. Redención .....	378

## CAPÍTULO 0

### El alfa y la omega

**Q**UIZÁ NUNCA lo hayas pensado. Quizá nunca te hayas planteado que algo así puede llegar a ocurrirle realmente a alguien.

Así que inténtalo. Intenta imaginar por un momento qué sentirías si un día descubres que vas a ser el causante de la muerte de siete mil millones de personas.

## CAPÍTULO 1

### Accidente (demasiado rápido)

**D**EMASIADO RÁPIDO. Esa sería la causa oficial. No quería abrir los ojos porque sabía que estaba acabado. Ingenuamente pensó que, si no lo veía, no sería real; así que permaneció a oscuras, en silencio, maldiciendo su suerte. Intentó moverse y su cuerpo no respondió. Estaba aprisionado por aquel amasijo metálico, o quizá algo peor: sufría una lesión medular. Eso sería su fin, postrado en una cama sin ser capaz ni de ir al w.c. por sí mismo, dependiendo de otra persona por el resto de su existencia. Aunque, si era realista, quizá no saliera ni siquiera con vida de esta. Lo de morir le gustaba más, sonaría mejor en los titulares. Solo pensar en lo que diría la prensa a la mañana siguiente le produjo unos instantes de feliz evasión de su situación actual. Seguro que todos aludirían a su juventud y a la velocidad como causa de su muerte.

Entonces notó como si un rayo atravesara su mente: había algo más, no era tan sencillo. Faltaba una pieza en el rompecabezas, una incógnita en la ecuación. Sí, posiblemente «demasiado rápido» sería la respuesta obvia, pero él sabía que esa no era la causa de aquel extraño accidente. ¿Cuál era entonces?

Gritó pidiendo ayuda. Al cabo de unos intentos reconoció la inutilidad de sus actos; estaba entre los ár-

boles, en alguna parte de una carretera secundaria que atravesaba Huddart Park. Había elegido esa carretera de montaña para estar alejado de todo el mundo. Por lo tanto, nadie le oiría en aquel lugar. Lo más lógico era conservar las energías para resistir hasta un hipotético rescate. Probó a moverse de nuevo, pero su cuerpo seguía sin obedecerle. Ahora solo le quedaban sus pensamientos. Debía concentrarse en seguir vivo, en buscar fuerzas y pensar en algo positivo. Sin embargo, una única idea era la que le ocupaba la mente: ¿Cuál había sido la causa del accidente?

Necesitaba una respuesta, necesitaba resolver la ecuación, necesitaba saber la verdad. No le serviría de nada, como mucho para atormentarle en las últimas horas de su vida, pero él era así, necesitaba saber la causa. Solo le quedaban sus pensamientos, y qué mejor que dirigirlos a descubrir por qué se encontraba en tan penosa situación. Después de todo, recordar lo que había hecho en las últimas horas le proporcionaría unos minutos de distracción.

El día había empezado bien. En su casa de Palo Alto, California, había recibido una agradable sorpresa: su nuevo coche ya había llegado. Recién importado desde Europa, ahí estaba, esperándolo frente a la puerta principal. Su asistente, Sarah, había tenido una excelente idea al aprovechar el momento en que él había salido a correr, para que el transporte accediese a la casa y descargase su preciada mercancía: un Bugatti Veyron Super Sport rojo sangre.



Había muchos motivos por los que deseaba este coche; pero el original, el que le llevó a interesarse por ese en particular, fue el lema de la familia Bugatti creadora de la marca: «Nada puede ser demasiado hermoso, nada puede ser demasiado costoso». Ni demasiado rápido... añadiría él. El coche lo tenía todo: era el automóvil de serie más rápido del mundo, hermoso, indecentemente caro, exclusivo, y tenía el color exacto. Había tenido que negociar directamente con la firma para que lo pintasen como él quería, rojo sangre. Después de múltiples pruebas con diferentes tonalidades y un elevado aumento del presupuesto inicial, lo había conseguido, era perfecto. Su contable había puesto el grito en el cielo con este nuevo capricho, y después de lo sucedido puede que tuviese razón: más de dos millones y medio de dólares invertidos en un coche que apenas había durado unas horas. ¿Y qué? El dinero era suyo y podía hacer con él lo que quisiese. Su contable no era su madre, aunque los dos tuviesen el mismo interés en su dinero.

Ahora lo recordaba, su madre le había llamado durante el desayuno.

Como era habitual, hablar con alguno de sus progenitores le ponía de mal humor y por eso nunca les cogía el teléfono. Pero ese día se sentía especialmente feliz, y cuando Sarah le informó sobre la llamada arqueando las cejas en modo de súplica, decidió aceptarla. Pensó que quizá ese día el motivo fuese diferente, quizá no quisiesen pedirle dinero como siempre. Se equivocaba. Su madre comenzó con la insufrible letanía de razones, que él conocía de memoria, por las

cuales necesitaba el dinero. Como él no reaccionaba, ella comenzó a sollozar y mencionó algo relacionado con la salud de su padre y una costosa operación. En ese momento, colgó; ya había oído suficiente.

Si hubiese hecho caso a su madre, en los últimos años su padre y ella habrían pasado por varias operaciones y terribles enfermedades que necesitaban ingentes cantidades de dinero. Él, en un principio, había cedido de buen grado. Después de todo, solo era un adolescente y aún vivía en su casa. Pero esto no era suficiente, ellos lo querían todo. Aprovechándose de su posición, sus progenitores consiguieron apoderarse de su recién creada empresa. Le dijeron que él estaría mejor dedicándose a crear, que a dirigir una corporación. Así tendría más tiempo para pasar «con sus ordenadores y sus historias». Ávidos de dinero y poder, lo arrinconaron restándole importancia. Él, que los había hecho millonarios a partir de una ingeniosa aplicación para smartphones, estaba relegado a un cuartucho sin ventanas en un gris edificio de oficinas de la empresa. Sus padres ni siquiera se acercaban a visitarlo, y apenas estaban en casa, disfrutando de la efervescente vida social que les había proporcionado el dinero de su hijo. Hasta que llegó el día en que no pudo más. Harto de sus mentiras y su trato despótico, tomó la difícil decisión de denunciarlos. Una vez roto todo nexo de unión, empezó de cero gracias a sus revolucionarias ideas. Consiguió a un socio fiel, Alain Collinwood, que confiaba en su genio y le consentía sus excentricidades, y volvió a repetir el éxito con su nueva *star-up*.

No los había vuelto a ver desde el día en que el juez dictó sentencia. De vez en cuando accedía a hablar con ellos por teléfono, o más bien con su madre, ya que su padre nunca lo hacía. Pero, en cuanto mencionaban la palabra «dinero», él colgaba. Nunca hubo una llamada en la que no le pidiesen ayuda económica con la excusa más inverosímil.

La discusión con su madre no le había alterado lo suficiente como para pensar que este hecho hubiese influido en su conducción. Estaba acostumbrado a las súplicas de su madre, a los falsos lloriqueos, y a la sensación de repugnancia que le producían.

Estúpido, se sentía estúpido.

Estaba allí tirado, en medio de ninguna parte, sin poder moverse y rompiéndose la cabeza por algo que no recordaba y le había hecho perder el control del vehículo. Su analítica mente anhelaba una explicación, y «demasiado rápido» no era una respuesta aceptable. Desde luego, el Bugatti era un coche fabuloso que podía superar los cuatrocientos kilómetros por hora; pero no era la velocidad, o no *solo* la velocidad.

Quizá ya estuviese muerto, por eso no conseguía moverse. Gritó, pero no fue capaz de discernir si aquel alarido había sonado de verdad o solo lo había hecho en el interior de su cabeza. Un intenso olor a carburante y aceite de motor inundó su cavidad nasal. Aquello apestaba tanto que apenas le dejaba concentrarse en su labor de desentrañar el misterio del accidente. Abrió la boca, y el viciado aire se mezcló con el

salado sabor de la sangre que le escurría por la cara. Escupió, y al hacerlo volvió a recibir otra dosis de aceite y carburante. No pudo hacer otra cosa que reír a carcajadas. Posiblemente estaba tetrapléjico, pero lo único que sentía eran náuseas y asco. Por lo menos aún no estaba muerto.

Alain también le había llamado esa mañana; nada fuera de lo normal, cosas de la empresa. Él le había comentado que se tomaba el día libre para disfrutar de su nueva adquisición. Alain alabó por enésima vez las virtudes del Bugatti, y mencionó la envidia sana que le producía. Era un buen socio. Nunca había pedido más de lo que le correspondía, y siempre estaba disponible. No era una persona a la que le gustase destacar y permanecía en un discreto segundo plano, dejando que él se llevase los aplausos y reconocimientos. Todo esto no era gratis, por supuesto, ya que su socio era un hombre rico gracias a él, pero, a diferencia de otros, conocía su lugar y era una persona agradecida. Y, lo más importante: no le parecía ningún problema que su jefe apenas hubiese cumplido los diecisiete años de edad.

—Un asunto más: ¿te acuerdas de aquella empresa de la que te hablé hace unos meses? —Alain sonaba optimista e ilusionado desde el otro lado del teléfono.

—No presto mucha atención a esas cosas, esos temas los llevas tú —mintió. En verdad sí que se acor-

daba, pero era un asunto que no le atraía y le producía aburrimiento.

—Te hago el parte resumido, porque imagino que estás deseando probar esa máquina y tu mente estará en otro lugar. Como te decía, el proceso estaba paralizado, ya que había una facción del consejo de administración que no quería vender... pero eso se acabó. He conseguido la lealtad de uno de sus consejeros. He tenido que recurrir a nuestro fondo para imprevistos y ha salido un poco caro, pero lo he logrado. Gracias a lo que le he pagado, *bailará lo que queramos que baile*.

—Ah, vale —respondió él, lacónico.

—No te veo muy emocionado...

—¿Debería estarlo?

—¡Desde luego! Llevo meses detrás de esta operación y por fin se ve algo de luz —Alain no ocultó la molestia que le producía la desidia de su socio.

—No te enfades, A —nunca le llamaba por su nombre o apellidos, solo por su inicial—. Recuérdame por qué es tan importante que compre esa decadente empresa constructora.

—...

—Vamos, A...

Del otro lado del teléfono se escuchó un suspiro.

—Ya te lo había dicho. No nos importan sus edificios, sino sus conexiones con la cúpula de N-Babilon. A través de ellas podemos tener acceso a suculentas concesiones y contratos.

—Ya, ya...

—Dejémoslo estar. Veo que hoy tus neuronas están enfocadas en una sola dirección, y por mucho que

me disguste, no son los negocios. Está bien, disfruta de tu día libre.

—Gracias, A. Algún día te dejaré probarlo. Hasta lue...

—¡Oye!

—¿Sí...?

—Sé que odias que te lo digan, pero ten cuidado: ese coche es demasiado rápido.

Era cierto, odiaba ese tipo de consejos. Sobre todo porque, invariablemente, venían de alguien mayor que él, y, hasta ahora, siempre había demostrado estar por encima de todos, tuviesen la edad que tuviesen. ¿Por qué tendría que hacer caso a sus advertencias? Sin embargo, a Alain se lo permitía. No sabía por qué, pero hasta le hacía gracia esa preocupación paternal que de vez en cuando su socio, treinta años mayor que él, sacaba a relucir. En todo caso, por una vez, por esta vez, Alain tenía razón: era un coche demasiado rápido.

Pero esa no era la causa del accidente. Estaba convencido de que había algo más, tenía que hacer memoria. Entonces empezó a sentir dolor, un dolor indescriptible que provenía de cada una de las células de su cuerpo. Era el momento, iba a morir, aquel era el prelude de la muerte. Apretó los dientes con furia y se concentró en ignorar el dolor. No, no podía morir ahora, estaba tan cerca de descubrir el misterio del accidente, que podía palparlo. Necesitaba saber la respuesta. Como por arte de magia el reproductor de

mp3 del coche comenzó a sonar, o quizá llevase sonando todo ese tiempo y él no se había dado cuenta. ¿Y qué importaba eso ahora? Sonaba Rammstein, un grupo *metalero* alemán de los noventa que acababa de descubrir y le encantaba. No entendía sus letras, ya que no cantaban en inglés, pero le volvía loco su energía y la poderosa voz de su vocalista. La música...

Iba demasiado rápido, pero esa no fue la causa.

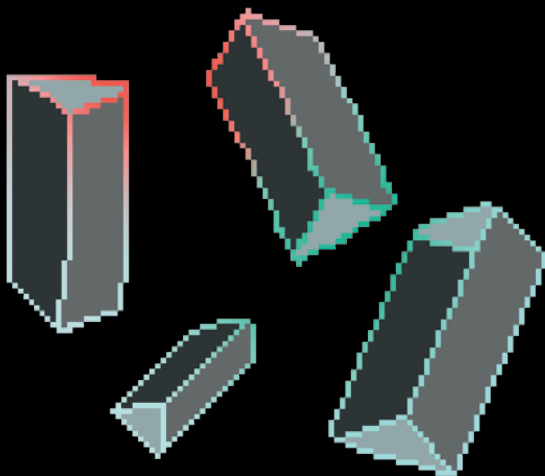
Conducía a gran velocidad por aquella carretera mientras el sol se ponía en el horizonte. En los altavoces sonaban los atronadores acordes de *Ich Will* de Rammstein, y él disfrutaba de la maravilla de la ingeniería mecánica en la que devoraba los kilómetros. Se sentía eufórico, y su atención se centraba en aquella carretera cuando algo cambió: podía entenderlos.

Esa fue la causa.

Sí, iba demasiado rápido, a más de doscientos kilómetros por hora, pero hubo una ruptura que le produjo un shock a su analítica mente y que le hizo perder el control. Sin saber cómo, de repente, podía entender el alemán:

*Ich will eure Stimmen hören,  
Ich will die Ruhe stören...*

«Quiero escuchar sus voces,  
quiero perturbar la paz...».



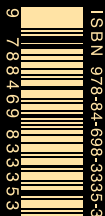
**Quizá nunca lo hayas pensado.**

**Quizá nunca te hayas planteado  
que algo así pueda ocurrir.**

**Así que inténtalo. Imagina por un momento  
qué sentirías si un día descubres  
que vas a ser el causante  
de la muerte de siete mil millones  
de personas.**

**Imagina que eres  
un Jinete del Apocalipsis.**

1525194



**ANAYA**

[www.anayainfantilyjuvenil.com](http://www.anayainfantilyjuvenil.com)